

EL INTELLECTUAL Y EL OBRERO, por Manuel González Prada.  
ADMONICION DEL 10. DE MAYO  
LO SLIBROS  
EL DEVENIR DE LA POLITICA MUNDIAL, por Eudocio Rabinas  
EN DEFENSA DE LA ASOCIACION DE PROFESORES DE CHILE,  
por Gerardo Seguel.  
PROBLEMAS DE ORGANIZACION SINDICAL — LA EDUCA-  
CION OBRERA.  
PERSPECTIVAS DEL PROLETARIADO GRAFICO, por Manuel  
Zerpa.  
LA LUCHA OBRERA EN COLOMBIA, por S. Demetrio Tello  
POLITICA PATRONAL Y POLITICA OBRERA, por Ricardo Martí-  
nez de la Torre.  
CONTRA LA GUERRA. — LA CONFERENCIA SINDICAL SUD-  
AMERICANA DE MONTEVIDEO.  
VIDA SINDICAL. — Manifiesto del Comité Pro 10. de Mayo al Prole-  
tariado del Perú.

8 PAGINAS — 10 CENTAVOS SOCIEDAD EDITORA "AMAUTA" — WASHINGTON IZQUIERDA 544-970 CASILLA DE CORREO 2107. — Lima. — Perú.

## El intelectual y el obrero

Por Manuel González Prada

Discurso leído el 10. de mayo de 1905 en La Federación de Obre-  
ros Panaderos).

I

No sonríen si comenzamos por tra-  
ducir los versos de un poeta.  
"En la tarde de un día calido, la  
Naturaleza se adormece a los rayos  
del Sol, como una mujer extenuada  
por las caricias de su amante."  
"El gahán bañado de sudor y ja-  
deante, aguijonea los bueyes; mas de  
sbito se detiene para decir a un jo-  
ven que llega entonando una can-  
ción:  
"—Dichoso tú! Pasas la vida can-  
tando, mientras yo, desde que nace  
el Sol hasta que se pone, me canso  
en abrir el surco y sembrar el tri-  
go."  
"—Cómo te engañas, oh labrador!  
—responde el joven poeta. Los dos tra-  
bajamos lo mismo y podemos decir-  
nos hermanos; porque, si tú vas sem-  
brando en la tierra, yo voy sembrando  
en los corazones. Tan fecunda tu  
labor como la mía: los granos de tri-  
go alimentan el cuerpo, las cancio-  
nes del poeta regocijan y nutren el  
alma."  
Esta poesía nos enseña que se hace  
tanto bien al sembrar trigo en los  
campos como al derramar ideas en los  
cerebros, que no hay diferencia de  
jerarquía entre el pensador que labo-  
ra con la inteligencia y el obrero que  
trabaja con las manos, que el hombre  
de bufete y el hombre de taller, en  
vez de marchar separados y conside-  
rarse enemigos, deben caminar inse-  
parablemente unidos.  
Pero ¿existe acaso una labor pura-  
mente cerebral y un trabajo exclusi-

vamente manual? Piensan y cavi-  
lan: el herrero al forjar una cerra-  
dura, el albañil al nivelar una pared,  
el tipógrafo al hacer una compuesta,  
el carpintero al ajustar un ensamblaje,  
el barbero al golpear en una veta;  
hasta el amasador de barro piensa y  
cavila. Sólo hay un trabajo ciego y  
material—el de la máquina: donde  
funciona el brazo de un hombre, ahí  
se deja sentir el cerebro. Lo contra-  
rio sucede en las faenas llamadas in-  
tellectuales: a la fatiga nerviosa del  
cerebro que imagina o piensa, viene  
a juntarse el cansancio muscular del  
organismo que ejecuta. Cansan y a-  
gobian: al pintor los pinceles, al es-  
cultor el cincel, al músico el instru-  
mento, al escritor la pluma; hasta al  
orador le cansa y lo agobia el uso de  
la palabra. (Qué menos material que  
la oración y el éxtasis! Pues bien:  
el místico cede al esfuerzo de hincar  
las rodillas y poner los brazos en  
cruz.  
Las obras humanas viven por lo que  
nos roban de fuerza muscular y de en-  
ergía nerviosa. En algunas líneas fé-  
rreas, cada durmiente representa la  
vida de un hombre. Al viajar por e-  
llas, figurémonos que nuestro wagón  
se desliza por rieles clavados sobre un  
serie de cadáveres; pero al reco-  
rrer museos y bibliotecas, imaginé-  
monos también que atravesamos un es-  
pecie de cementerio donde cuadros,  
estatuas y libros encierran no sólo  
el pensamiento sino la vida de los  
autores.  
Ustedes (nos dirigimos únicamente  
a los panaderos) ustedes velan ama-  
sando la harina, vigilando la fermenta-  
ción de la masa y templando el ca-  
lor de los hornos. Al mismo tiempo,  
muchos que no elaboran pan velan

también, aguzando su cerebro, mane-  
jando la pluma y luchando con las  
formidables acometidas del sueño:  
son los periodistas. Cuando en las pri-  
meras horas de la mañana sale de  
las prensas el diario húmedo y ten-  
tador, a la vez que surge de los  
hornos el pan oloroso y provocativo,  
debemos demandarnos: ¿quién apro-  
vechó más su noche, el diarista o el  
panadero?  
Cierto, el diario contiene la enci-  
clopeda de las muchedumbres, el  
saber propinado en dosis homeopáticas,  
la ciencia con el sencillo ropaje de la  
vulgarización, el libro de los que no  
tienen biblioteca, la lectura de los que  
penas saben o quieren leer. Y ¿el  
pan? símbolo de la nutrición o de la  
vida, no es la felicidad, pero no hay  
felicidad sin él. Cuando falta en el  
hogar, produce la noche y la discor-  
dia, cuando viene, trae la luz y la  
tranquilidad; el niño le recibe con  
gritos de júbilo, el viejo con una son-  
risa de satisfacción. El vegetariano  
que abomina de la carne infecta y gri-  
sinal, le bendice como un alimento  
sano y reparador. El millonario que  
desterró de su mesa el agua pura y  
cristalina, no ha podido sustituirle ni  
alejarle. Soberanamente se impone en  
la morada de un Rothschild y en el  
tugurio de un mendigo. En los leja-  
nos tiempos de la fábula, las reinas  
cocían el pan y le daban de viático  
a los peregrinos hambrientos; hoy le  
amasan los plebeyos y como signo de  
hospitalidad, le ofrecen en Rusia a los  
zarres que visitan una población. Ni-  
colás II y toda su progenie de tira-  
nos dicen como Al ofrecimiento se  
responde con el látigo, el sable y la  
bala.  
Si el periodista blasonara de reali-



Julio Antonio Mella, valiente tribuno de la Revolución socialista, asesinado por mercenarios de la Reacción en México en 1929.

zar un trabajo más fecundo, nosotros  
le contestaríamos: sin el vientre no  
funciona la cabeza; hay ojos que no  
leen, no hay estómagos que no co-  
man.

II

Quando preconizamos la unión o a-  
lianza de la inteligencia con el traba-  
jo no pretendemos que a título de us-  
aria jerarquía ilusoria, el intelectual se  
erija en tutor o lazareto del obrero.  
A la idea que el cerebro ejerce fun-  
ción más noble que el músculo, de-  
bemos el régimen de las castas: desde  
los grandes imperios de Oriente, figu-  
ran hombres que se arrojan el dere-  
cho de pensar, reservando para los mu-  
chedumbres la obligación de creer y  
trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pe-  
ro no deben hacer de lazareto, sobre  
todo en las tremendas crisis sociales  
donde el brazo ejecuta lo pensado  
por la cabeza. Verdad, el soplo de  
rebelión que remueve hoy a las mul-  
titudes, viene de pensadores o solita-  
rios. Así vino siempre. La justicia na-  
ce de la sabiduría, que el ignorante  
no conoce el derecho propio ni el aje-  
no y cree que en fuerza se resume to-  
da la ley del Universo. Animada por  
esa creencia, la Humanidad suele te-  
ner la resignación del bruto: sufre y  
calla. Mas de repente, resuena el eco  
de una gran palabra, y todos los re-  
signados acuden al verbo salvador, co-  
mo los insectos van al rayo de Sol  
que penetra en la oscuridad del bos-  
que.

El mayor inconveniente de los pen-  
sadores—figurarse que ellos solos po-  
seen el acierto y que el mundo ha de  
caminar por donde ellos quieren y has-  
ta donde ellos ordenen. Las revolucio-  
nes vienen de arriba y se operan  
desde abajo. Iluminados por la luz de  
la superficie, los oprimidos del fondo  
ven la justicia y se lanzan a conquista-  
ria, sin detenerse en los medios ni  
arredrarse con los resultados. Mientras  
los moderados y los teóricos se ima-  
ginan evoluciones geométricas o se en-  
redan en menudencias y detalles de  
forma, la multitud simplifica las cues-

tes, las baja de las alturas nebulo-  
sas y las confina en terreno práctico.  
Sigue el ejemplo de Alejandro: no  
desata el nudo, le corta de un sabla-  
zo.  
¿Qué persigue un revolucionario?  
Influir en las multitudes, sacudirlas,  
despertarlas y arrojarlas a la acción.  
Pero sucede que el pueblo, sacado una  
vez de su reposo, no se contenta con  
obedecer el movimiento inicial, sino  
que pone en juego sus fuerzas laten-  
tes, marcha y sigue marchando hasta  
ir más allá de lo que pensaron y qui-  
sieron sus impulsores. Los que se fi-  
raron mover una masa inerte, se  
hallan con un organismo exuberante  
de vigor y de iniciativas; se ven con  
otros cerebros que desean irradiar su  
luz, con otras voluntades que quieren  
imponer su ley. De ahí un fenómeno  
muy general en la Historia: los hom-  
bres que al iniciarse una revolución  
parecen acaudales y avanzados, peean  
de tímidos y retrógrados en el fra-  
gor de la lucha o en las horas del  
triumfo. Así, Lutero retrocede aca-  
bardado al ver que su doctrina pro-  
duce el levantamiento de los campe-  
sinos alemanes; así, los revolucionarios  
franceses se guillotinan unos a otros  
porque los unos avanzan y los otros  
quieren no seguir adelante o retrógra-  
dar. Casi todos los revolucionarios y  
reformadores, se parecen a los niños:  
tiemblan con la aparición del ogro que  
ellos solos evocaron a fuerza de chi-  
lidos. Se ha dicho que la Humanidad,  
al ponerse en marcha, comienza  
por degollar a sus conductores; no  
comienza por el sacrificio pero suele  
acabar con el ajusticiamiento, pues el  
amigo se vuelve enemigo, el propul-  
sor se transforma en rémor.

Toda revolución arribada tiende a  
convertirse en gobierno de fuerza, to-  
do revolucionario triunfante degenera  
en conservador. ¿Qué idea no se de-  
grada en la aplicación? ¿Qué refor-  
mador no se desprestigia en el poder?  
Los hombres (señaladamente los políti-  
cos) no dan lo que prometen, ni la  
realidad de los hechos corresponde a  
la ilusión de los desheredados. El  
descredito de una revolución em-  
pieza el mismo día de su triunfo; y



ARTE REVOLUCIONARIO MEXICANO "LOS CAMPESINOS".